

LA ORATORIA SAGRADA EN EL DIARIO DE LOS LITERATOS

Por Jesús CASTAÑÓN

Una reciente publicación sobre el problema de la predicación en nuestro tiempo (1) ha venido a sugerirme la importancia que tradicionalmente

(1) Borobio, Dionisio, y otros.— *El riesgo de predicar*.— Guiones para la homilía y elementos para la celebración.— Ciclo B.— Editorial Española Desclee de Bruwer.— Bilbao, 1975.

«El riesgo de predicar» dice la citada publicación, pág. 9— quiere ser un servicio y una ayuda orientativa para todos aquellos que, preocupados por el tema de la predicación y de la celebración de la Eucarestía, se preguntan: «¿Dónde está la fuerza de la palabra de Dios? ¿Por qué esta Palabra no es elocuente para muchos hombres de nuestro tiempo? ¿Cuándo podemos decir que nuestra predicación es, al mismo tiempo, noticia elocuente, anuncio gozoso y denuncia profética? ¿Cómo iluminar los problemas vitales de nuestra vida con el anuncio del evangelio? ¿Puede ser la predicación una palabra evangelizadora y -provocativa-? En suma ¿qué y cómo predicar hoy?»

«El riesgo de predicar» también quiere ser material práctico y sugerencia estimulante para todos aquellos, que son conscientes de la dificultad de unir Palabra y oración, y se preguntan: «¿Cómo hacer para que las palabras con que oramos expresen la fe que vivimos? ¿Por qué nuestro lenguaje oracional resulta inexpressivo, estereotipado, extraño? ¿Cuándo es verdad aquello de que la Palabra predicada se hace oración viviente? ¿Dónde está la unión entre el tema de la homilía y la oración de la comunidad?»

Tal vez demasiadas pretensiones de respuesta para tan arduas y difíciles preguntas. Ahí está, sin embargo, el resultado de un esfuerzo de seis años, llevado a cabo por un equipo de sacerdotes especializados de la Diócesis de Bilbao, al servicio de otros muchos compañeros de toda España, que han considerado útil este material y este trabajo.

Poco después —págs. 11-12—, al indicar algunos de los posibles modos de utilizar dichos guiones para la preparación de la homilía se apuntan también los casos en los que el libro puede rendir una mayor utilidad, como:

«Para preparar individualmente la predicación, como base orientativa que ayuda a reflexionar aplicando a la situación concreta, completando quizá con otros materiales.

«Para preparar la predicación juntamente con otros sacerdotes de la parroquia o del sector... completando las orientaciones que en los guiones se dan, eligiendo los puntos más adecuados a cada caso, fijando una línea unitaria para la homilía...»

«Para entablar un diálogo con algún grupo de seglares, quienes, junto con los sacerdotes de la parroquia, aportarían sus puntos de vista en orden a una predicación más realista y concreta, a partir del material base de los guiones.

«Para preparar la celebración de la Eucarestía y penetrar en el sentido de las lecturas en una reunión de grupo, v. gr. religiosos, seglares..., aunque no estuviera directamente encaminada a sugerir ideas para la homilía.

«Para orientar una catequesis posteucarística (que tendría lugar inmediatamente después de terminada la Eucarestía) que se llevaría a cabo con los participantes en la Misa, a partir del material básico de los guiones, utilizando tanto por los sacerdotes, como por los fieles.

Finalmente, para la meditación y oración personal del domingo, e incluso de otros días de la semana. Reconocemos que no todas estas posibilidades son en cualquier caso realizables. Pero no nos cabe duda de que son posibilidades reales, y que los guiones pueden ayudar a ponerlas en práctica».

Siguen luego los guiones para la predicación en las diversas fiestas, ordenados de acuerdo con el orden cronológico del año litúrgico y con la siguiente y sistemática ordenación por materias:

I.— *Guión para la homilía*: 1. Situación en la vida.— 2. Mensaje bíblico.— 3. Respuesta a la palabra.

II.— *Elementos para la adaptación y creatividad*: 1.— Rito penitencial.— 2. Oración universal.— 3. Oraciones presidenciales.

ha debido de venir pesando sobre la oratoria sagrada por su conflictividad entre el necesario planteamiento de la problemática específica de cada época y el siempre difícil problema de hallar la fórmula idónea para hacer llegar vivamente a la conciencia del público la conjunción necesaria de esa problemática histórico-social con los moldes tradicionales de la religiosidad.

Curiosamente (salvadas las especiales circunstancias de nuestro tiempo: fenómenos de aceleración intensiva de la comunicación de masas, nuevas técnicas del trabajo en equipo, incorporación postconcliliar de los feligreses al trabajo de evangelización en colaboración con los sacerdotes...) en el XVIII se practicaban parecidos sistemas de ayuda a los desvalidos y aislados párrocos, menos cultos también, en la ardua tarea de actualizar su mensaje y hacerlo llegar al público con toda la vibración necesaria. Unos pocos, pero significativos ejemplos, bastarán para darnos clara idea del importante fenómeno de los extraordinariamente divulgados sermonarios, traducciones de los principales predicadores extranjeros —franceses en su mayoría—. Al problema de la comunicación ya enunciado viene a sumarse así el de la calidad de las traducciones, con frecuencia abordado en los propios textos y objeto a su vez de abundante bibliografía en la prensa de la época y con una especial repercusión asimismo en el *Diario de los Literatos*, en cuya POÉTICA ocupa igualmente un nada despreciable espacio.

Uno de estos valiosos libros auxiliares del orador sagrado, acaso el más conocido y de innumerables ediciones, tal vez sea el *Año cristiano*, del P. Coiset (2), cuyo esquema, por cierto verdaderamente interesante, se especifica así en la propia portada: «*Año cristiano o ejercicios (3) devotos para todos los días del año*. Contiene la explicación del misterio o la vida del santo correspondiente a cada día, algunas reflexiones sobre la epístola, una meditación después del evangelio de la misa y algunos ejercicios prácticos de devoción o propósitos adaptables a todo género de personas. Fielmente traducido del francés al castellano. Diciembre. Con las licencias necesarias. Madrid, en la imprenta de Antonio Pérez de Soto. Año MDCCLXXII. A costa de la Real Compañía de Impresores y Libreros del Reino».

Además de su curiosa ordenación cronológica —de acuerdo con el año profano y no con el litúrgico— el tomo que estamos analizando lleva este interesante PROLOGO DEL TRADUCTOR:

(2) Autor de viejo arraigo entre nosotros, a juzgar por lo que el P. Segura afirma en su *Apología contra los Diarios de los Literatos de España...*, en la que asegura conocer al diarista Puig, únicamente por su aprobación al tomo II de los *Discursos espirituales* del P. Juan Coriset.

El propio Puig fue asimismo censor de una temprana traducción española de los sermones de Lafiteau realizada por Pedro Antonio de Cenzano y Sotomayor (V. mi obra *La crítica literaria en la prensa española del siglo XVIII: 1.700-1.750*, Taurus Ediciones, Madrid, 1973, pág. 162 y nota 223, pág. 163).

(3) Modernizo la ortografía de todos los textos dieciochescos de este trabajo, incluidos nombres y citas bibliográficas.

«Ya tienes, lector devoto, traducido del francés al castellano el tomo XII del Año cristiano, correspondiente al mes de diciembre por el que tanto has suspirado. Si adviertes alguna diversidad de estilo entre éste y los once antecedentes, no lo extrañes, siendo diversas las manos de que han salido ambas traducciones. Se ha procurado que el estilo de éste sea suave, puro, natural: creo no hallarás en él voz alguna que no sea castellana o que no esté adoptada en nuestra lengua; pero no me atrevo a decirte lo mismo de las transiciones, de ciertas frases y de los arranques de algunas cláusulas, este es un escollo en que rara es la traducción que no roce poco o mucho, por más cuidado que se ponga: toda la destreza del traductor de los once tomos precedentes no la pudo salvar de todo punto, aunque se empeñó en ello; pero no por eso desmerece nada de su traducción, como lo acredita la aceptación y aplauso con que está corriendo.

He procurado seguirlo lo más de cerca que he podido, aunque siempre atento a evitar todo aquello que he advertido que francesea.

Las enmiendas y adiciones que le he puesto son tan pocas y tan ténues que no merecen la pena de notarse aparte y así son muy raras las notas que verás en este tomo. Alguna vez, por no interrumpir el hilo de lo que se iba diciendo, si he añadido alguna cosa, que me pareció útil o necesaria, la he notado poniendo una manecilla, que llamase la atención. En el día 20, después de la conmemoración de los difuntos, he añadido la vida de Santo Domingo de Silos, por ser santo español, que se celebra el mismo día, y por si alguno, después o en lugar de la conmemoración de los difuntos, quisiere leer una vida que es un tejido de virtudes las más eminentes y de innumerables prodigios.

En cuanto a los textos latinos no he andado muy escrupuloso, especialmente cuando son muchos o muy largos. Aunque no los he omitido absolutamente, me ha parecido darlos casi todos vertidos en nuestro idioma, haciéndome cargo que a los que no entienden latín les sirven de no pequeño embarazo y les hacen dura y desabrida la lectura. A los que lo entienden basta decirles el autor de que se han tomado y citarles el pasaje donde los trae, lo que jamás omito.

En todo lo demás he seguido fielmente el original francés.

La recompensa que de ti quiero es no que aplaudas este mi trabajo, sino que te aproveches de él, que no fijas la consideración en la colocación de las voces, sino en el sentido de las palabras, que, sin pararte en la corteza de la letra, pases a penetrar en el espíritu, pues aunque la versión haya podido disipar gran parte del que se advierte en el original, es tanta la copia que hay en éste, que espero se haya traído algo consigo, la traducción para provecho y consuelo de los que se dediquen a su lectura con docilidad de espíritu, con sencillez de corazón y con pureza de intención».

Una nota a vuelta de página añade: «Se advierte al público que los seis tomos restantes con que se completa el *Año cristiano*: los cinco primeros, que comprenden los ejercicios devotos para todos los domingos, días de cuaresma y fiestas movibles, y el sexto la vida de Cristo Señor Nuestro y la de María Santísima, su madre, están ya traducidos por el mismo que este tomo XII y con el favor de Dios se espera imprimirlos cuanto antes».

Una extraña coincidencia ha hecho caer en mis manos el tomo I —enero— de la edición de MDCLXXI, en la que se guarda con igual celo en el anonimato el nombre del anterior traductor, aunque, un texto autógrafo de José Pardo nos aclara el precio de la publicación: «*Este tomo*, (enero de 1771) *con los once que le siguen, me costaron 192 Rs. En Madrid, a 20 de junio de 1773.* (Firma: Joseph Pardo).

Otra interesante publicación periódica, *El pastor evangélico* (4), original del P. Teodoro de Almeida, sigue la tradicional cronología litúrgica, aunque curiosamente —tal vez por lejana influencia de aquella tan seguida división trimestral del *Diario de los Literatos*— dividido en trimestres: Tomo I.- Adviento y cuaresma, con las fiestas de enero y febrero.- Tomo II: Dominicas y fiestas movibles desde el principio hasta Pentecostés y las fiestas fijas de marzo, abril y mayo...

El traductor, P. Fr. Rosendo Fernández y Puga, haciéndose eco de los ya habituales razonamientos en este tipo de publicaciones, expone en una introducción, dedicada al Ilmo. Sr. D. José Ramón de Arce, arzobispo de Burgos, sus temores a que la frialdad de su estilo no sea suficientemente eficaz para reflejar el estado de impiedad reinante en su tiempo, a la vez que explica como motivo de su traducción de este sermulario portugués, que contiene la «explicación de las principales verdades cristianas...», repartida en otras tantas pláticas o sermones sencillos y acomodados al común de los fieles, para facilitar a los venerables párrocos esta importante y ahora más que nunca necesaria función de su sagrado ministerio», alabando a continuación el estilo oratorio del autor con esta apostilla: «Bien notoria es la facilidad que tiene el P. Almeida de tratar las materias más espinosas de un modo tan sencillo y agradable que, sin degradarlas de su respectiva elevación, las hace perceptibles al entendimiento más tardo e interesantes a la sensibilidad más entorpecida».

El propio autor, en un *Prólogo*, que sigue a esta introducción del traductor, advierte que ha escrito este libro no sólo para *clamar* su verdad, en

(4) *El pastor evangélico repartiendo el pasto de la palabra divina en las pláticas familiares de los domingos y fiestas de todo el año.* Su autor el Padre don Teodoro de Almeida, de la Congregación del Oratorio de San Felipe Neri de Lisboa, de la Academia Real de las Ciencias, de la Sociedad Real de Londres y de la de Vizcaya. Traducido al castellano por el P. Fr. Rosendo Fernández y Puga, monje benedictino. Tomo primero. Contiene las dominicas desde adviento hasta cuaresma y las fiestas de diciembre, enero y febrero. Madrid, en la imprenta de Cano, año de 1.798.

Hay una corrección a mano que pone 1.799. El tomo segundo es también de 1.799. El tercero dice equivocadamente 1.779 y está también corregido a mano: 1.799. El cuarto no he podido consultarlo.

favor de la salvación de las almas más allá de su muerte, sino para poder asimismo servir de ayuda a otros Pastores, impedidos de ejercer tan noble misión como la predicación «porque muchas veces no tienen copia de libros para esto, ni tiempo sobrado, ni la cabeza bastante despejada y con el sosiego que requiere este ejercicio de su ministerio».

En cuanto al estilo de su libro lo autocrítica así: «No hallarán aquí voces fuertes, enfáticas, sonoras, que lisonjeen los oídos, sino un estilo claro, corriente, natural, que despierte la atención del espíritu; no ruidosos clamores, que aterren y espanten su auditorio, sino unos silbos suaves y amorosos con que llamen y adviertan a sus ovejas».

Ya un poco antes había sigilosamente advertido el P. Almeida su intento de publicar «una colección de pláticas familiares, acomodadas a la inteligencia del pueblo, en las cuales le exhortase a seguir el camino llano y seguro de su salvación y a huir de los caminos peligrosos y lazos que suele armar el demonio para perder las almas».

Finalmente no quiero omitir, por ingenua, esta curiosa afirmación: «No es mi intento de persuadir a nadie que tome el ingrato y costoso trabajo de aprender de memoria estos discursos, ni que se atareen a mis palabras, estilo y genio. Lo que únicamente pretendo es ofrecerles las materias y razones más propias para persuadir la virtud, dejando a cada uno la justa y loable libertad de extender, abreviar, cortar y mudar como le pareciere, según las circunstancias del tiempo, auditorio, etc...»

Parecida sencillez y pragmatismo, junto a observaciones y reflexiones sobre el desenvolvimiento histórico de la devoción y de la predicación en el siglo XVIII, podría hallarse en otro curioso botón de muestra, *La voz del pastor* (5), traducción española sobre la traducción italiana de los discursos familiares del señor Reguis, cura de Auxerre.

Semejante difusión debió alcanzar, en este maremagnum de la literatura piadosa del Siglo de las Luces, la versión castellana de los sermones del obispo de Sisterón, Mr. Lafiteau, de quien nos consta (6), que el exigente Leopoldo Jerónimo Puig lo tenía, juntamente con el P. Nicolás Gallo, el Oratorio del Salvador del Mundo de Madrid, como a uno de los mejores oradores sagrados del siglo y del que tal vez sea destacable su apelación a la actualidad: «Tengo mucho que decir de vosotros y sobre qué juzgaros. *San Juan cap. 8*. Este sería aún hoy en día el lenguaje de nuestra conciencia, si quisiéramos dejarle la libertad de hablar (7)».

(5) *La voz del pastor. Discursos familiares para todos los domingos del año*, del Señor Reguis, cura de Auxerre. Traducidos del francés al italiano y ahora de éste al español. Veni non in sublimitate Sermonis. Corint. 1. 2. Con las licencias necesarias. En Madrid, en la imprenta de don Antonio de Sancha. Año de MDCCCLXXIII. Se hallará en la librería de don Bernardo Alberdi, de San Jerónimo.

(6) *Sermones de Mr. Lafiteau*, obispo de Sisteron, traducidos del idioma francés al español por don Francisco Jacinto de Narva. Tomo segundo. Con las licencias necesarias. En Madrid, en la imprenta de Pedro Marin. Año de 1.770. A costa de la Real Compañía de Impresores y libreros.

(7) Id. id, pág. 1.



Parecido éxito de público debieron alcanzar los Discursos, del obispo de Barbastro, Ilmo. Sr. D. Jerónimo Bautista de Lanuza (8), el *Año panegírico*, también dividido por meses como el *Año cristiano*, aunque curiosamente bimensual, cuyos sermones están sacados de los más clásicos autores por el P. D. Pedro Díaz de Guereñu y tantos otros sermonarios, cuyo estudio dará bastante trabajo a los especialistas y que aquí solo sirven como botón de muestra de lo deteriorada que andaba la oratoria sagrada, como ya nos consta por otros múltiples testimonios y de lo justamente con que clamaban en aquel gigantesco desierto más o menos gongorino las voces de la prensa de la época y muy especialmente los autores del *Diario de los Literatos*, cuyos testimonios sangrantes pasamos a copiar, no sin antes traer a colación, para mayor defensa de la escueta justicia de los diaristas este otro interesante testimonio de la conocida *Resurrección del Diario de Madrid o Nuevo Cordón Crítico General de España*, sobre cuya agresividad crítica ya me he detenido en otras ocasiones (9):

29.- Naturaleza de la Oratoria Sagrada.

En larga providencia entramos. Uno de los ingenios grandes de nuestro siglo, (acaso el mayor) (10) meditaba dar a luz un libro que titulaba *El Quijote de los Predicadores*. Fue gran lástima que no cumpliera su voto.

30.- Esto nos fuerza a decir que ninguna facultad pide hoy más acordarse que la oratoria sagrada.

31.- Señores predicadores: Nosotros no podemos remediar lo que se predica. Esto toca a los Señores Inquisidores y obispos, pero podemos extraviar los sermones y libros que de esto se imprimirán. Un millón (a breve nombre) corren de sermones estampados por el mundo. Pongan Vmds. en un pequeñito estante, Vieiras, Hortensios, Guerras... y tal cual orador más y vayan los restantes a ocupar sus debidos lugares.

32.- Esto de ser argumento pío de oradores grandes sobre escribirlos con soberanos mecenas es protección apreciable sólo en la mente del

(8) *Año panegírico o sermones escogidos Panegíricos para los principales misterios de Jesucristo nuestro redentor y festividades de su santísima madre y santos que celebra la iglesia*. Repartido por los meses del año. Sacados de los más clásicos autores. Por el Padre don Pedro Díaz de Guereñu, presbítero de la Congregación de clérigos regulares de S. Cayetano. Tomo quinto. Contiene los meses de septiembre y octubre. Segunda edición. Con privilegio. En Madrid, por Pedro Marín. Año de 1.785. *Se hallará en la librería de Juan de Liera, Plazuela del Angel, junto a la Nevería.*

(9) Castañón, Jesús.— *La crítica literaria en la prensa española del siglo XVIII: 1700-1750*. Taurus Ediciones, Madrid, 1.973, pág. 303.

En evitación de superfluas repeticiones las próximas alusiones a esta obra se harán abreviadamente, citando sólo: *La crítica literaria...*

(10) Se trata del P. Luis Losada, colaborador del *Diario de los Literatos*, hombre que coleccionaba jocosos sermones y que parece fue el inductor de su pariente el P. Isla para que escribiese su famoso *Fr. Gerundio de Campazas*.

El tópico de *Quijote contra los malos escritores* — oradores, en este caso, aunque los criticados en el *Diario* son los sermones únicamente publicados — es un más de los habituales en la crítica de la época: V. *La crítica literaria...*, pág. 37.

Paralela misión viene a desempeñar la famosa *Sátira contra los malos escritores de este siglo*, precisamente publicada en el *Diario*, por Jorge Pitillas.

vulgo. No pasa esta moneda entre gente del *Cordón*. Tal vez a la sombra de mayores árboles se acogen mayores monstruos.

Antes de entrar en el análisis de la crítica a la oratoria sagrada de su tiempo en el *Diario de los Literatos* —análisis ligeramente esbozado ya en *La crítica literaria...*, págs. 217-218—, bueno será indicar la dificultad de atribuir dichas opiniones a ninguno de los diaristas en concreto, dada la frecuente técnica de trabajo en equipo y de una posible redacción posterior de los temas de mano de Salfranca, que parece haber sido el alma del Diario. Fácil parece, sin embargo, —aunque no es posible asegurarlo tajantemente—, que persona tan extraordinariamente relacionada con el clero, tan poco amiga de buscarse complicaciones inútiles y que sólo habría de navegar en los tres primeros tomos del Diario como Don Francisco Manuel de la Huerta y Vega no haya tenido nada que ver con esta crítica, no sin fundamento despiada, según el lector puede comprobar con la simple lectura de los textos que se recogen como documentación al final de este trabajo.

No deja de ser curiosa coincidencia que tanto Salfranca como Puig señalen, separadamente, como su predicador preferido al Doctor Nicolás Gallo, Prefecto de la Congregación del Salvador del Mundo de Madrid, en dos cartas que se llevan un año de diferencia, escritas desde Villel y Madrid respectivamente.

Otra más justificable coincidencia aparece entre los dos diaristas: Salfranca, en carta a Cevallos de 8-5-1750, se confiesa ocupado en traducir «dos sermones franceses de estilo acomodado a aprovechar al espíritu y no a deleitar con las flores de la elocuencia» (12), labor que realiza por encargo del Rmo. P. Panel; por su parte Puig recibe una curiosa carta del capellán de Cádiz Vicente Amil y Feijoo, en que dicho capellán le alaba entre otros oradores sagrados, de manera muy especial al P. Panel, a quien supone autor de un papelillo sobre «la locura y sabiduría en el púlpito de las monjas» (13).

Sin embargo, dada la incidencia de las traducciones, en su mayoría de originales franceses, sobre las que se conservan tan duras censuras de Puig; dado el fuerte ataque a dichas traducciones en los párrafos que veremos a continuación, dada la justificada y expresa repugnancia de Puig por la oratoria sagrada de su época, como se puede apreciar en este párrafo:

«Nada deseo tanto como el ver que la palabra divina se predique con la majestad, energía y decencia que merece, ni hay cosa que más convenga para

(11) V. *La crítica literaria...* págs. 146—nota 187— y 164—nota 230—.

(12) Id. id. pág. 146—nota 190—.

(13) Id. id. pág. 163—nota 227—.

el adelantamiento de nuestros prójimos en la perfección cristiana, pero a vista de como se predica comunmente estoy persuadido que los abusos que en esto se cometen son efectos de la cólera divina que nos castiga atrozmente permitiendo que los ministros se desvíen de la verdad por donde debían caminar para predicar con fruto» (14).

es de suponer que la mayoría de las citadas censuras a la oratoria sagrada de su época aparecidas en el *Diario* son obra de Puig, aunque muy verosímilmente aplaudidas y hasta a veces retocadas por Salafranca.

Hechas ya las pertinentes introducciones, paso al examen detenido de la crítica de los diversos textos analizados en el *Diario de los Literatos*.

He aquí, resumidas, las principales lacras de la oratoria de su tiempo a juicio de los diaristas:

- 1.— Falta casi total de originalidad.
- 2.— Plagio permanente y uso de fuentes manoseadamente comunes: Aleiato, Alápide, Biblia máxima, Beyerlinck en su Teatro de la vida humana, Cartario, Pedro Comestor en su Historia eclesiástica, Hugo Cardenal, Picinelo, Pierio Valeriano, Plutarco en sus Varones ilustres, Ravisio Textor, San Agustín en su Mística ciudad de Dios, Santo Tomás en su Catena aurea, Santos Padres, Silveira, P. Vitoria, Paulo Zaquial, Vieira...
- 3.— Una falta total de método y un total desconocimiento del arte de la elocuencia con la consecuente carencia de contenido y de doctrina en los sermones, así como el abundante sacrificio del fondo a los fútiles artificios de la forma. Reprenden especialmente la abundancia de inconsecuencias, las vagas y absurdas generalizaciones y la permanente utilización de material de segunda mano, con frecuencia no entendido y mal digerido.
- 4.— Abusos de la forma: tendencia al gongorismo en el vocabulario y en la metáfora, uso y abuso de la cadencia y demás recursos retóricos, más propios del verso, abundante intercalación de citas no procedentes, especialmente en verso, mezcolanza insufrible de citas de autores marcadamente profanos en medio de los más altos textos sagrados, ausencia y desconocimiento total de los recursos de la verdadera elocuencia, sacrificados en honor de la moda, contrastada con una improcedente autocrítica en la que siempre se promete claridad, familiaridad y sencillez, jamás presentes luego en el texto del sermón...
- 5.— La especial habilidad periodística de los Diaristas hace dudar en ocasiones si determinados elogios de los sermones son en realidad —como creó— pura y escueta sátira. Aunque la ironía es una

(14) Id, id, pág. 164 — nota 230 —.

de sus armas peculiares (15), suelen mantener a raya su sarcasmo, que sólo en casos tan justificados como en la reseña de los discursos del P. Don Isidoro Francisco Andrés (V. POETICA, texto 5) o en el de Fr. Diego de Madrid (Id, id, texto 6) se desborda sin freno.

Más frecuente es su remisión a otro texto —en este caso de otros oradores de la misma orden: texto 6 al 7—, en el que se propugna justamente la doctrina contraria.

A veces la ironía resulta apenas imperceptible, como al decir que las exequias por la V. doña Josefa María Roca de la Serna y Mascarel, predicadas por el Doctor José Amat, duraron sólo cinco cuartos de hora, razón por la que «pareció conveniente dilatarse en algunos sucesos de la vida de esta Venerable entrétanto que se dispone suficiente informe de la vida para publicarla con mayor exactitud y método».

Es necesario señalar, finalmente, que los creadores de la nueva crítica ponen especial énfasis en advertir que ellos no se meten con los humildes predicadores, sino con aquellos que, por medio de la imprenta, a través y a la sombra de poderosos mecenas, se lanza en verdadero aluvión (millones de sermonarios; 10.500 sólo dentro de la orden franciscana: texto 7) a imponer al mundo la disparatada aventura caballerescas de su desquiciada oratoria, en la que, sin el menor rebozo, ni vergüenza, no duda en autoproclamarse maestros a los cuatros vientos.

Permitásemme, como remate a esta breve disertación sobre esa auténtica e impenetrable selva de la oratoria sagrada del Siglo de las Luces, contra la que la perspicacia del P. Bernard Gaudeau (16) adivinaba ya la profundidad del ataque del *Diario de los Literatos* (al suponer el programa de los diaristas muy semejante al del P. Isla, por mofarse por igual de los cultistas que de los gerundios, publicando por añadidura la *Sátira contra los malos escritores*), añadir, como apéndice, para la ilustración de algunos curiosos lectores, los inéditos textos de mi POETICA DEL DIARIO DE LOS LITERATOS (17).

(15) Id, id, págs. 221-22.

(16) Gaudeau, P. Bernard.— *Precheurs burlesques en Espagne au XVIII^{ème} siècle. Etude sur le P. Isla.* Retaux Bray, Paris, 1.981, pág. 58.

(17) De la referida obra—inédita hasta la fecha a consecuencia de su propia extensión: un millar de fichas bibliográficas con toda la teoría literaria del *Diario de los Literatos*— sólo se ha dado a conocer hasta el momento lo referente al P. Feijoo (*Presencia y defensa del P. Feijoo en el Diario de los Literatos, de España.* El P. Feijoo y su siglo. Cuadernos de la cátedra Feijoo, n.º 18, Universidad de Oviedo, 1986. Vol. I, págs. 37-43), las *Ideas eruditas en el Diario de los Literatos*. Publicaciones de la Institución. Tello Téllez de Meneses. Diputación de Palencia, 1971, n.º 31, pgs. 193-267) y, para la materia de los prólogos únicamente, *Poética del Diario de los Literatos de España*. (Id. id., Diputación de Palencia, 1972, n.º 33, págs. 195-272).

Tal *Poética*, aunque negada por los propios Diaristas, en su famosa carta de contestación al doctor Fernández Navarrete, que les urgía dieran a conocer en público el decálogo por el que se regían para su ejercicio de la crítica de las obras ajenas (V. Artículos VIII y IX del tomo VII del *Diario*) había sido elaborada a lo largo de la efímera vida del *Diario* y resume ampliamente cuanto de aprovechable subsiste en nuestra primera revista crítica.

Quiero advertir al lector que las referencias bibliográficas con que se cierra cada ficha indican, respectivamente, el tomo, capítulo y páginas del *Diario* en que podrá hallar la doctrina citada.

POETICA DEL DIARIO DE LOS LITERATOS

ORATORIA SAGRADA

1.— Fr. Basilio Iturri de Roncal.— *Eco armonioso del Clarín de la fama*

No gustarán de su estilo los apasionados a la elocuencia delicada, florida y artificiosa, como el mismo autor se lo anuncia, pues dice: *Al leer algunos estos libros, hallarán de menos las frases cadentes porque los que usan de este estilo en no llegando a sus oídos aquellas cláusulas de sonecillo o retintín como de iba, eva, subía, bajaba, les disuena tanto que ni en los textos más propios, ni en las autoridades más genuinas de los santos, ni en las humanidades de mayor erudición y moralidad hallan gusto sus genios.* Y, aunque reconocerá nuestro autor que para ser perfectamente elocuente no es menester la cadencia, como se observa en los Santos Padres, con todo eso, por no poner en duda su celosísimo espíritu el universal aprovechamiento, trabajó en que todos puedan entenderle con lo moderado de los pensamientos y lo fácil, natural y corriente del estilo, sin afectación de palabras meteorológicas, aunque algunas veces, pero muy raras, se deja arrebatar de la llama del fervor de su doctrina y usa de voces que no tenemos en nuestro idioma como *gemebunda tórtola, estuante corazón*. Con docta alternativa aprovecha la virtud del evangelio para reprender los vicios y elogiar a los santos.

Abunda de doctrinas que toma de los Santos Padres. Igual utilidad saca de los autores de sermones...

Para los asuntos piadosos y morales reproduce con especialidad admirables documentos por la Mística ciudad de Dios.

Y para todo género de letras se aprovecha de otros muchos autores con que hace más agradables y plausibles discursos.

Este supuesto, paso a dar alguna noticia de las ideas de sus panegíricos, que es por donde mejor podrá conocerse su talento y su espíritu (I, VI, 86-89).

2.— Fr. Alejandro de San Antonio.— *Sermones vespertinos morales sobre todos los versos del Miserere.*

La cátedra y los empleos de la religión, que retiran a otros literatos del ejercicio de la oratoria, contribuyeron eficazmente a formar en nuestro autor un orador famoso como se observa en las ideas que conservan su estilo y sus pensamientos, pues con su magisterio preservó sus sermones, no habiendo hecho exacto estudio del arte de la elocuencia, de los comu-

nes vicios de que abundan los que carecen del carácter de nuestro autor, como son la inconsecuencia, la impropiedad, la falta de doctrinas y otros; y con sus prelacías fijó en su corazón una perenne fuente de ideas y sentencias políticas, cuya utilidad es bien notoria, pues en la comunidad de este mundo todos mandan y todos obedecen; y con la generalidad que nuestro autor las concibe y dicta no puede dudarse de su aprovechamiento, pudiendo ser instrucción cierta del concurso más inculto y agradable repaso del más cortesano.

En la elección de los lugares de la Escritura se reconoce las ventajas de su talento, enseñando con los más comunes, para lograr el aplauso de instruir y mover con los mismos que otros esterilizan su predicación. No hace ostentación del estudio de los Santos Padres, de que otros se precian con exceso citándolos tumultuariamente y con demasiada violencia, antes bien, con sinceridad ejemplar, manifiesta que en tan numerosos y fecundísimos volúmenes solamente ha registrado algún particular evangelio o sermón del día, valiéndose en gran parte de las noticias y doctrinas que administran los comunes depósitos de los expositores sagrados como son la *Catena aurea de Santo Tomás*, *Silveira el Abulense* y *Hugo Cardenal*, que son los que cita más frecuentemente.

Por el notorio derecho que tiene la oratoria a servirse de todas las artes y ciencias, por ser toda la naturaleza instrumento de las virtudes y vicios, usa de ellos sin afectar inteligencia de las que no se quiere que pertenezcan a su estado, haciendo con estas doctas variaciones más delicioso y bienquisto el campo oratorio. Por lo que para la historia eclesiástica produce muy a propósito los sucesos de la Historia de Pedro Comestor, para la medicina a Senerto y con igual destreza elige en las demás artes. Puede estarle muy agradecida la erudición profana porque la hace familiar con los asuntos sagrados y la comunica espíritu para que sirva con gusto y deleite, sin distraerse por esto de sus más religiosos cuidados, pues la escoge del *Teatro de la vida humana de Beyerlink*, de *Revisio Textor*, de los Varones ilustres de *Plutarco*, de *Pierio Valeriano*, del Teatro de los dioses del padre *Vitoria* y de otros.

Si en sus reflexiones sobre las costumbres no se distingue el genio de los vicios de nuestro siglo, debemos creer que quiere librar sus oraciones de la nota de satíricas. Y también, que con la misma contemplación y cautela se acomodó a algunas expresiones propias del vulgo, como son, hablando de la Magdalena, llamarla en distintos lugares *Damaza de rumbo* y *Damaza de mucho toldo*, frases que, si los hombres de gusto delicado las condenan, la necesidad de hacer familiar su estilo con el lenguaje de la mayor parte de los concursos disculpa estas y otras semejantes locuciones.

En la suposición, pues, de que es universalísimo en los asuntos y fiestas de todo el año sobre que discurre, pasaré a comunicar algunas sentencias

de cada uno de los seis tomos, por los cuales se podrá formar algún juicio de lo que he informado y del ingenio, celo y doctrina de nuestro famoso orador (I, XXI, 326-329).

Todas estas sentencias se lograrán con más eficacia, utilidad y complacencia, si se leyeren en su original, donde tienen las pruebas, que se pueden esperar del ingenio, espíritu y sabiduría de nuestro famoso orador, que con sus dilatadas producciones nos ha dificultado más expresar suficientemente su carácter (I, XXI, 336).

3.— Fr. José de la Asunción.- *Voces sonoras evangélicas, Sermones de varios asuntos.*

El estilo de nuestro autor es llano, puro, fácil, claro, igual, propio, conciso y nada figurado, pues proponer, dificultar y aplicar, que son los comunes afectos de las pruebas de sus discursos, tiene la extensión precisa para darse a entender sin valerse de la que consiente la elocuencia para adornar y persuadir. En breve hasta en la cantidad de los sermones y más apreciable en esta brevedad por la conveniencia que se sigue al oyente, al predicador y al que ha de servirse de la semilla y redes prestadas, pues no sin mucho peligro se encarga la memoria de pensamientos ajenos.

Se conocerá mejor el estilo de este orador en la reprehensión o, por mejor decir, descripción de los vicios de otros oradores, pues debemos creer que varón tan religioso y versado en la oratoria sagrada no ha de incurrir en lo que una vez reconoce como defectuoso. Dice así en el sermón del domingo de la sexagésima sobre aquel lugar del Apocalipsis. 14 vers.2: *Vocem quam audivi*, etc.

«Esta voz es la divina palabra y, aunque en todos los predicadores es una, en unos es clara como el agua, porque, sin ofender el auditorio, reprenden los vicios y desengañan a todos. En otros suena como trueno porque así como cuando éste se oye, atemoriza, horroriza y espanta, así es en algunos predicadores la palabra y voz divina. Todo cuanto se les oye es infierno, demonios, condenados y con esta voz se atemorizan los auditorios. En otros la palabra divina suena como cítara bien templeada, que sólo deleita el oído. Los términos muy limitados, las acciones que digan con las palabras, los discursos sucintos o lacónicos y unas voces tan poco inteligibles que es preciso traer debajo del brazo un vocabulario de lenguas para poder entender las palabras. Y los que se precian de críticos, cuanto menos entienden las voces y discursos, dan su censura muy satisfechos de que no han oído mejor sermón en su vida. Yo no tengo de ser de estos predicadores, ni de aquellos que espantan los auditorios. Seré claro como el agua, de suerte que todos entiendan mi doctrina, sin que alguno con mis claridades se pueda dar por ofendido».

La erudición de nuestro autor, si es tomada de las comunes fuentes, su aplicación es con alguna mayor propiedad que vulgarmente se observa en nuestros oradores españoles. Las letras profanas las aprovecha como de oración, la cita con algún desaliño y tan religiosamente las propone como si recelara algún daño en la detención de proferirlas o historiarlas. Las ideas de los discursos por la mayor parte son moderadas y probadas con bastante propiedad y solidez y nuestro orador discurre con tal arte que en los términos de la paradoja suele llevar de rebozo la fianza.

En los discursos morales, aunque no se halla toda aquella vehemencia que necesitan la facilidad de nuestras inclinaciones y la obstinación de nuestras costumbres, no dejan de merecer la particularidad con que las nota, la sinceridad con que las describe, la propiedad de los argumentos con que las reprende, sin permitir lugar alguno a la ponderación, ni a las vanas sutilezas, ni ahorrar la sal que las da la complacencia, que se observa en este fragmento del sermón de la *dominica de sexagésima*...

Creemos debe colocarse la estimación de estos sermones fuera de la clase de los vulgares y en consideración de que en los demás tomos puede haber aciertos que merezcan más alto concepto que el que hemos expresado, se deberá todo lo dicho entender de lo contenido en este tomo, siendo todos recomendables para la utilidad pública y consiguientemente para la complacencia nuestra (II, III, 135-144).

4.— Don Florián de Anisón.— *Traducción de los sermones de San Francisco de Sales.*

... y aunque el efecto que se lograba en la predicación que salía de los labios de este admirable orador no se puede lograr tan copioso y eficaz en sus escritos, sin embargo el que se espera en éstos, con un estilo claro, llano y natural se podrá conseguir con igual felicidad en la traducción de nuestro autor, que con singular propiedad y fidelidad nos comunica en nuestro idioma estos sermones (II, V, 147).

5.— P. Don Isidro Francisco Andrés.— *Oración panegírica al grande apóstol de Navarra San Saturnino.*

A vista de la gran fama, aceptación y general aplauso que logra este orador, pareciera notable omisión no hacer en nuestro *Diario* memoria de uno de los rasgos de su elocuencia y no manifestar al público la competencia de su pluma con su voz.

Aunque las obras de esta especie, reducidas a compendio, padecen más que otras y al paso que pierden la natural proporción del cuerpo

suelen perder mucha parte del alma, con todo se ha procurado resumir el presente escrito en la mejor forma que ha sido posible, con la confianza de que suplirán los defectos del extracto las reflexiones del examen que le acompaña.

En la salutación emplea nuestro orador los más vivos colores de su retórica en pintar las sombras, horrores, silencio, soledad y confusión de la noche y asimismo los benignos influjos y maravillosos efectos de la llegada del sol, comparando con uno y otro espectáculo de la naturaleza así las tinieblas de la gentilidad en que yacía Pamplona antes de la venida de su grande apóstol San Saturnino como las luces de la fe con que luego que apareció logró nuevo sol ilustrar aquella ciudad. Para aplicar a aquel santo el merecido título de sol se vale de varias alusiones de la antigüedad y mitología (II, XXIII, 341-343).

En la peroración compendia no todo el asunto del sermón, sí sólo la especie de Diana que queda referida, y acaba el panegírico con una larga apóstrofe al santo.

Este es el diseño de la oración panegírica. Otro método diferente del que tiene hubiera contribuído no poco a la claridad y perfección de su extracto, pero, como quiera, le discurrimos suficiente para el fin que nos hemos propuesto. Suponiendo, pues, la viveza, ingeniosidad, y demás prendas oratorias que concurren en su célebre autor, pasaremos a formar el juicio de la obra, acompañado de algunos reparos inexcusables.

La idea general de la oración es regular; la división, aunque común, adecuada y propia del asunto; las pruebas o razones de que se vale para persuadir sus dos puntos son sólidas, pero no parece tienen la invención, variedad y realce correspondientes...

Todas estas proposiciones desnudas como están de circunstancias particulares, podrían comprenderse en breves cláusulas; hállanse, no obstante, abultadas con infinitos cotejos, reparos, alusiones y pinturas que en vez de ilustrarlas las confunden, ya sea porque no se observa en estos adornos la moderación y economía decente, o ya porque carecen de las transiciones necesarias o ya de la orden y colocación debida, anteponiéndose lo que debía proponerse (II, XXIII, 351-353).

Mas, atendiendo a los reparos más sustanciales, no podemos dejar de notar la aplicación de algunos textos, así sagrados como profanos, que o no dicen lo que pretende el orador o se oponen a ello directamente (II, XXIII, 353).

Finalmente, las frecuentes alegorías y comparaciones, tomadas de la fabulosa gentilidad, con que solicita enriquecer la gala de su discurso,

comparando a San Saturnino con los dioses Saturno, Júpiter y Pan, pudieran merecer particular censura en nuestro orador a no hallarse autorizado este vicio en muchos panegiristas que, intentando cristianizar el gentilismo, profanan las verdades cristianas.

Por lo que mira al estilo abunda de voces, locuciones, figuras y descripciones poéticas... Entre las descripciones o pinturas poéticas de la noche, de los templos de Salomón y Diana, de la tempestad, de la contienda de la luna o Diana con Saturnino y del monte Tabor, elegiremos, por más breve, la de la tempestad, que es como se sigue y de paso, advertimos que el texto dice era una navecilla (pág. 12) *Nadante buque de ordenados leños...* (II, XXIII, 357-359).

Pero no sólo está lleno el discurso de semejantes licencias, también rematan algunas cláusulas con versos enteros endecasílabos...

Pudiera asimismo notarse la demasiada repetición de unas mismas voces o de cosas semejantes, pues sólo en la descripción del templo de Salomón y cotejo de sus circunstancias se halla repetida docé veces la voz *cadena*, otras tantas, las palabras *azucenas* y *lilios*, y trece, el término *redes*.

La salutación está hecha un cielo: allí no se ven sino esferas astros, sol, estrellas, planeta, iris, aurora, lumbrera, fanal, fuego, llama, ardor, brillantez, claridad, luces, rayos, destellos y esplendores, contrapuestos a la noche, el caos, al humo y frialdad, a las nieblas, vapores, sombras y oscuridades, de lo que se infiere ser muy verdadera la consecuencia que saca al fin de la salutación el mismo orador, concluyendo *que todo es luces el asunto, todo luminarias el objeto*.

Acerca de la afectación en la uniformidad del número y semejanza de los acentos, cadencias y antítesis no nos ocurre más de un ejemplo, que es todo el sermón.

Estos y otros defectos se hallan agradablemente disfrazados con una armoniosa afluencia de voces y con el brillante de la viveza de su espíritu, con la que esperamos haga en adelante ventajosos progresos, justamente dignos de los elogios de un orador que debe distinguirse en la estimación pública por su fervoroso celo y aprovechamiento universal (II, XXIII, 359-361).

6.— Fr. Diego de Madrid.— *Nada con voz y voz en ecos de nada*.

El autor de este libro, que se publicó en 10 de septiembre, es bien conocido por los tres tomos predicables que dio a la pública luz con el título

del *César o nada*, *San Félix de Castalicio*. Y, habiéndose despachado estos libros con felicidad, como se expresa en el prólogo y al fin del libro con esta advertencia —*El primero y segundo tomo se han impreso segunda vez, el tercero se desea que se vuelva a imprimir*—, resolvió este celoso orador proseguir en dar al público sus pensamientos, lo que ejecuta en este tomo primero intitulado *Nada con voz* porque la humildad de nuestro autor estima como en nada sus discursos.

Tuvo también la idea, según nos advierte en el prólogo, (juntamente con innumerables explicaciones, alusiones, inteligencias y noticias acerca de la palabra *nada*) de imitar a David en el salmo 118 y a Jeremías en sus trenos, que ordenaron sus sentencias en las letras del alfabeto, pero, ya que no pudo conseguir este método por ser muy laborioso, distribuyó sus oraciones en seis *nadas*, conteniendo cada una de ellas cuatro oraciones y cada oración, una letra al principio, de las que componen la voz nada por su orden. Y no sacan mal partido, pues de nada les toca una letra, que es el eco de la nada.

El estilo de nuestro autor es el mismo que se acostumbra en todos los pueblos de España y en la única variación que hay, que es predicar con afectación o sin ella, este Rmo. Padre se contiene en un lenguaje más correcto y en una expresión acomodada a la capacidad de la mayor parte de los concursos. Los pensamientos tienen siempre la línea que les establecieron las glosas, interpretaciones y discursos de Hugo Cardenal, de Alapide y Silveira, que son los que con más frecuencia cita nuestro autor y que se puede decir que predicar en casi todos los púlpitos de España. Se vale también nuestro autor, así para los panegíricos como para los sermones morales de las noticias profanas que se hallan en Ravisio Textor, en el Mundo simbólico de Picinelo, en Pierio Valeriano, Alciato, Paulo Zaquías y Cartario... (IV, IV, 142-145).

El autor a quien de entre los profanos cita este Rmo. y docto Padre con más frecuencia, pues apenas hay sermón en que no le alegue, es *Ovidio*, que, junto a un evangelista, profeta o Santo Padre, no parece que ocupa el lugar que le señala la idea que tenemos de su profanidad. Y sabemos que S. Pablo citó a algunos poetas gentiles, pero con la necesidad y circunstancias que produjo su sentencia... Creemos que nuestro autor halló a éste y otros poetas citados y, si fuere estudio propio, no puede nadie culparle, a vista de tantos varones insignes en santidad y letras que nos excusan con su ejemplo, el uso es solamente el que puede objetarse a la consideración escrupulosa respecto del lugar o el asunto; pero lo que acerca de esto se debe prevenir en estas oraciones se insinúa de paso en el extracto siguiente por otros oradores de la misma religión de nuestro autor, aunque de opinión y práctica muy diversa (IV, IV, 145-146).

7.— P.P. Misioneros del seminario de S. Miguel de Escornalbou.— *Asuntos apostólicos predicables.*

En el prólogo del tomo I de esta obra, que se publicó impresa en 24 de septiembre de 1.737...; no siendo este el primer efecto de la eficacia del admirable ejemplo de San Francisco, pues tal vez procederá de ella haber dado la religión seráfica 10.500 escritores entre los cuales hay siete príncipes de escuela, aunque no todos lograron publicar con la imprenta sus escritos por su apostólica pobreza. Se advierte que se le da a esta obra el título de *Asuntos* y no de *Sermones*, porque le faltan los exordios, pero que en su lugar se ponen prefacios. Según la condición de los tiempos también se ha hecho precisa la nota de que en esta obra no se hallan sutilezas que se rocen con cavilaciones y libertades de entendimiento, sino doctrinas fundadas con autoridades graves acerca de las cuales se amonesta a los oradores que abrevien las autoridades, *profiriendo no más que las cuatro o seis palabras más picantes* y que muchas veces será mejor dejarlas enteramente contentándose el predicador con las citas de los santos y expositores (IV, V, 147-148).

Entrambas razones son dignas de la universal observancia, no sólo para el acierto de los oradores, sino para conocer la censura de los que se quejan molestados de la impertinente costumbre de trasladar a los libros y a los púlpitos impenetrables selvas de vulgarísimas doctrinas, que comúnmente se llaman empedrados, y son innumerables los empedrados en todas las facultades; pero no por eso hay menos lodos en las costumbres, antes bien se puede creer que se aumentan porque trabajan a la ostentación de doctos y no a la propiedad de elocuentes. Y así, aunque en estos *Asuntos* no se hallara más documento que el sobredicho, se podía dar por bien logrado el trabajo, pero no se leen los prólogos. Asimismo piden estos celosísimos Padres que no se disgusten los lectores por los muchos discursos que producen en sentido místico, recomendado por el uso de los Santos Padres, ni de lo desusado de los asuntos de algunos sermones, porque se vieron obligados a seguir el concepto del verso textual del evangelio de San Mateo (IV, V, 149-150).

Sobre estas expresiones hay que considerar despacio que si de esta suerte nos explicáramos los *Diaristas*, aunque el cielo lloviera artes de elocuencia sagrada, los *Diaristas* seríamos reputados por *murmuradores*. Y no ha faltado quien ha intentado ridículamente, pocos días ha, probarlo con textos sagrados, que ni ha entendido, ni es capaz de entender. Dios le da más inteligencia en el confesonario...

En orden al estilo se excusan nuestros autores con la práctica y ejemplo de *San Agustín* y del *Querubino de Espoleto*, que cedieron los primores de su elocuencia por acomodarse a la inteligencia y persuasión de todo género de gentes, pero débese advertir que se despojarían de aquella

parte que llaman los maestros de elocuencia *ornato o adorno de la oración*, pero no de las demás partes, pues todas contribuyen únicamente a la persuasión, que es el trabajo en que deben sudar los oradores en cualquier asunto y en lo que es muy raro el que se halla advertido, preparado u observante. Y, por causa de esta errada opinión, despreciando un defecto que lo es por ignorancia de los concursos, se desprecia todo el arte, sin el cual a nadie se convence, a ninguno se agrada, a ningún autor se puede alabar (IV, V, 151-153).

Era muy natural que queriendo nuestros celosísimos misioneros reñir la elección de los vanos autores expresaran el sentimiento de ver olvidados los libros de los Santos Padres, en cuyas páginas se logran las más sólidas doctrinas y aún las más ingeniosas, mas no dicen que se buscan menos los S.S. P.P. sino los Hugos, Liras, Alapides, etc. Pero en esto no concederemos a nuestros P.P. Misioneros que han considerado despacio este punto como se requiere, porque, si registramos todos los sermonarios o libros de sermones impresos en este siglo, no creemos que se han de hallar tres en donde no se citen a cada paso Hugo, Lira, Alapide, Silveira y la Biblia máxima para los pensamientos sagrados y, para los profanos, a Picinelo, Ravisio Textor, Pierio, Valeriano, Cartario, Plutarco en los Varones ilustres, Beyerlinck en el Teatro de la vida humana y otros. Por lo que toca a nosotros, lo mismo se nos da que citen a los más antiguos que a los más modernos y a los más fundados que a los menos sólidos, pues nuestro estudio nos excusa de este cuidado, pero, por lo que toca a la pública utilidad, no podemos dejar de notar: I. Que, por citar muchos de nuestros oradores a los autores sobredichos, no se mejoran nuestras costumbres y se cuentan poquísimas conversiones de los sermones que se oyen. - II. Que, hallando el trabajo hecho en dichos expositores sagrados, rarísimo es el que se aplica al estudio de la Sagrada Escritura y de los S.S.P.P. directamente para predicar, de lo que resulta descartarse siempre o privarse de la mayor eficacia del sentido literal, fundar todos los pensamientos en glosas que por la mayor parte muestran en la aplicación la violencia que las arrastra y sacar toda la oración en estilo cuestionial y litigioso de suerte que cada texto es una duda, todo lo cual se deduce del original que se sigue. - III. En los discursos y asuntos de los sobredichos autores, qué más se escribieron para las Universidades que para los púlpitos, solamente se hallan las primeras nociones de las virtudes y de los vicios, como ejemplificaremos en Silveira, que dice: «*Que el juez recto no ha de tener ningún afecto carnal, que ha de ser reverenciado para ser temido, que ha de ser independiente, que ha de ver todas las cosas, etc.* Estos primeros principios cualquiera los tiene prontos en su conciencia, conque es preciso descender a documentos menos generales registrando y desenvolviendo todas las dobleces del amor propio, que es el autor de todas nuestras malicias, pues él nos disculpa, nos dispensa, nos interpreta, nos anima, nos acobarda, nos empeña y domina todas nuestras pasiones cuando la propia conciencia nos prepara alguna acción moral facilitando las omisiones y

comisiones con mil excusas respectivas al estado, al sexo, a la edad, a la fortuna, al oficio y al uso. Si alguno nos ha de culpar estas advertencias, sea a lo menos después de haber meditado despacio este punto, después de considerar que no queremos disuadir el estudio de los sobredichos expositores sino el que todos los sermones sean pensamientos ajenos y no de estudio propio, acordándonos del aviso que da el P. Vieira a los predicadores con aquellos dos posesivos del evangelio: *seminare semem suum* y *reficientes retia sua*, después de observar también con qué método y elección citan los extranjeros la autoridad en sus oraciones, y en fin, si pareciere que nos hemos apartado de lo recto, éstos y cuantos errores profiriéremos en éste o cualquier asunto los retractamos, pues nuestra intención sólo es cooperar, como alcanzare nuestro corto talento, a la reforma de las costumbres, pero debe tenerse presente que hablamos con los oradores que se hacen maestros públicos por medio de la imprenta, porque los demás están excusados con la falta de librerías que son necesarias para formar un perfecto orador... (IV, V, 154-158).

8.— Doctor José Amat.— *Sermón en la exequia de la V. doña Josefa María Roca de la Serna y Mascarel.*

Aunque para la justa cantidad de un sermón parece sobrada la extensión de un libro como éste, se debe advertir que de su contenido solamente se predicó en las exequias lo que se pudo decir en cinco cuartos de hora y, habiéndose después resuelto imprimir esta oración entera, pareció conveniente dilatarse en algunos sucesos de la vida de esta Venerable entre tanto que se dispone suficiente informe de la vida para publicarla con mayor exactitud y método (IV, VII, 168).

Instituto «Jorge Manrique», de Palencia.

